

tamente preciosas; gracias a ellas entramos en relación con la Naturaleza por sus zonas elementales, y participamos en la gestación y desarrollo de ella, sintiendo el impacto de su energía creadora, fructífera. Su obra tiene la virtud de sumergirnos súbitamente en la magia de las cosas y de forzarnos a verlas desde dentro, como no sabríamos verlas desde nuestra distraída mirada de la costumbre. Es, pues, una iluminación para el descubrimiento; una admirable aportación—en el plano estético—para la comprensión y goce del universo.

RICARDO GULLÓN

### CINCUENTA AÑOS DE PENSAMIENTO CATOLICO FRANCES

*Cincuenta años de pensamiento católico francés* se titula un importante libro, escrito por todo un equipo de especialistas, que acaba de aparecer en París. El libro está dividido en cuatro partes: Literatura, Filosofía, Ciencias y Artes. El primer capítulo está dividido, a su vez, en cuatro secciones, dedicadas a la poesía, la novela, el teatro y la crítica y el ensayo. Louis Chaigne, que firma el capítulo sobre la poesía católica francesa desde 1900 hasta hoy, empieza así su sección: “Una de las características esenciales de la poesía francesa al final del siglo XIX y hasta nuestros días es la de que se preocupa menos por el mundo objetivo, que se acerca cada vez más al ser humano, que toma conciencia de su función religiosa, sea en el sentido cristiano, sea en un sentido satánico, sea en direcciones más o menos cercanos de la adhesión a Dios o de la subordinación al mal. Esta poesía se manifiesta como cada vez más ontológica.”

Es ésta, sin duda, la característica mayor de la nueva poesía francesa: la búsqueda del hombre. Poetas como Pierre-Jean Jouve, Henri Michaux, René Charr, Joë Bousquet, Pierre Reverdy o Vincent Muselli, aun si no pertenecen al movimiento poético de matiz claramente católico, como un Paul Claudel, por ejemplo, viven en pleno el “drama de los precursores”, como diría Romano Guardini. En cambio, Claudel, Péguy, Francis Jammes, Milosz, Le Cardonnel son poetas que han hecho de Dios y del reflejo de su luz en el alma humana la meta de sus apasionadas creaciones. Después de esta brillante generación han venido a surgir nombres

nuevos, como los de Mauriac, Daniel Rops, Gustave Thibon, los tres conocidos más bien como novelistas o ensayistas que como poetas, y los de Patrice de la Tour du Pin, Pierre Emmanuel, Jean Cayrol y Luc Estang, todos nacidos después de 1910 y seguidos, a su vez, por otra generación que todavía no ha producido ninguna obra poética de relieve.

En la novela, el movimiento católico se ha manifestado con el mismo empuje. Según Franz Weyergans, autor del capítulo sobre la novela, puede llamarse novela católica la que nos ayuda a penetrar en un mundo que postula, de manera más o menos viva, la existencia de Dios. A principios de este siglo fueron Paul Bourget y Henry Bordeaux los dos novelistas que, después de la experiencia decisiva de León Bloy, han introducido la problemática de la fe en el mundo literario. Novelas como *El discípulo*, de Paul Bourget, y otras del mismo autor, preanuncian la complicada e interesante estructura de la novela de hoy, y hasta se ha afirmado que la literatura de Sartre tiene sus deudas para con Bourget. A través de este tipo de novela, que planteaba más bien problemas de tipo moral, los escritores, y con ellos el gran público, se acercaron al otro aspecto de la experiencia cristiana: la mística. Y aparecen las novelas de Mauriac, Bernanos y Julien Green, cuyos personajes se mueven dentro de una dimensión exclusivamente religiosa, y cuyos actos en la vida están determinados por su manera de enfocar el mal. Se ha escrito mucho sobre esto. ¿Por qué tantos pecadores en las novelas, precisamente en este tipo de novelas? Es esto, como escribe Weyergans, una prueba de santidad y una manera característica de tomar posición ante los acontecimientos. Vivimos en una época sin matices, una época de hierro, como la llama el autor de este capítulo sobre la novela francesa. El mundo está lleno de pecadores, que se dan cuenta del mal en el que se encuentran y que conservan en sí mismos como una nostalgia de aquella pureza perdida que ellos pueden volver a conseguir. Los que poseen de algún modo una conciencia cristiana y creen en Cristo desde el fondo del abismo en el que se encuentran, están quizá más cerca de Él que otros, encerrados en una moral laica, cuidadosamente esterilizada, que los protegerá de los pecados formales, pero los alejará del amor. Y, además, todo depende de como el escritor enfoque el mal. El mismo pecado puede ser agresivo o digno de compasión, según el modo en que el novelista se coloque bajo la mirada de Dios. Pero para que los personajes sean verdaderos tienen que conocer la seducción del mal, igual que los hombres de la vida real. Lo esencial es que esta seducción

no pase de los personajes al lector, que no contagien a éste, sino que, al contrario, lo purifiquen y le ayuden a ser mejor.

Otra característica de la novela católica actual es lo que Papini llamaba en un tomo de cuentos el *trágico cotidiano*, este tono gris y desesperado que tienen muchas de las novelas de la nueva generación. Nos referimos, sobre todo, a Paul-André Lesort, cuyas novelas principales, *Los reinados y los corazones*, *Nacido de la carne* y *El viento sopla donde quiere*, ahondan la problemática de Mauriac y otorgan a la humildad un valor esencial. Los personajes de Lesort son hombres y mujeres de todos los días, preocupados no por asuntos novelescos, o grandiosos, o fantásticos, sino por sus pequeños quehaceres, por sus dramas mínimos que, vistos desde fuera, no impresionan a nadie, pero que, desde dentro, nos aparecen de repente como definitivos y épicos, porque son los dramas de cada uno de nosotros, iluminados por el reflector del arte.

Sin embargo, los novelistas que tratan temas católicos o se dejan influir por el modo cristiano de vivir la vida, son muchos en París. Son todos aquellos novelistas que, sin poseer la gracia, realizan obras cristianas casi sin darse cuenta, dejando que su obra cumpla aquella "funcionalidad religiosa" de la que hablaba recientemente un crítico italiano. Entre ellos podemos citar a Saint Exupéry, Albert Camus, Gilbert Cesbron, Henri de Montherlant, La Varende, Maxence van der Mersch y muchos más. Termina Franz Weyergans su estudio sobre la novela católica francesa con las siguientes palabras:

"No estamos lejos de la edad clásica de la novela católica. Un clasicismo que no tiene en sí nada de unificado, de escolar, de escleroso, sino un clasicismo en el sentido ejemplar. Hemos pasado de la moral a la mística, de la psicología a la teología, de la "sensibilidad" a la "realidad" católica, del inventario al grito."

Esta novela es hoy una de las vanguardias de la literatura occidental, porque plantea de manera verdaderamente conmovedora y sincera el problema de la libertad del hombre, problema que Kafka había entrevisto y que no supo resolver. Ante las fuerzas que amenazan hoy al hombre, cuyas caras espantosas se asomaban en las páginas del *Proceso* y del *Castillo*, de Kafka, y tomaban una forma precisa y real en la obra de George Orwell, de Raymond Abellio, de Constantin Amariu, la literatura católica marca actualmente con precisión su postura revolucionaria. El hombre cristiano se nos aparece a través de ella como el hombre del porvenir, renacido en la fe y curado de sus terrores.

VINTILA HORIA